



AUTOBIOGRAFIA

Alejandra Montané

Universidad de Barcelona

Una autobiografía no deja de ser un conjunto de reflexiones-reconstrucciones parciales de lo que fue un momento pero visto desde el presente en forma de relato.

Dudo del modo correcto, si existe, de llevar a cabo esta tarea, teniendo en cuenta que estoy situada en un contexto de investigación y, además, la escribo sabiendo que será leída y, reconociendo, que es eso lo importante. Que nuestras voces se entrelacen en los relatos. Profesoras y profesores que se investigan, se miran, se escuchan.

Yo empecé como profesora asociada en el departamento de didáctica y organización educativa en 1997 y ha sido en el 2006 que he iniciado una dedicación a tiempo completo como profesora colaboradora (figura que ya ha desaparecido de la LOU). Por lo tanto mi vida universitaria ha estado casi siempre acompañada de actividad profesional fuera de la universidad. Este es un camino muy diferente a otros también habituales que van de la licenciatura, a la beca, al doctorado a la docencia.

Es, en este sentido, que mi vida profesional en la universidad está impregnada de mi vida fuera de ella. Reflexiono sobre lo público y lo privado. Y es, también en este contexto, lo que me produce una cierta parálisis al escribir. La imbricación privado/público es, para mi, demasiado estrecha, muchos momentos se mezclan, incluso a veces se abrazan.

Ahora me he dado cuenta de las cosas obviadas, olvidadas, que siempre son bastantes, por ejemplo, mi paso por la universidad privada. Por eso, escribo una segunda versión de una



autobiografía y la escribo sabiendo que no será la última. Ya que cada vez que escribo me reinvento, en un ejercicio que puede llegar a ser recursivamente infinito.

Primeras palabras

Intereses formales e intereses sentidos: Yendo y viniendo

De fuera a dentro

No puedo hablar de ser profesora sin hablar de cuando fui alumna o de cómo me siento aún alumna hoy.

Toda mi educación preuniversitaria conserva un cierto color gris, de transición, de cambio. Creo importante saber ubicarse en el tiempo histórico con una cierta perspectiva y con aires de presente. Cuando murió Franco yo estaba en el colegio, descolgaron su foto y me dieron unos cuantos días de vacaciones.

Yo, que me eduqué con la LGE de 1970, no recuerdo casi nada, ni casi a nadie, de la educación básica. Mis recuerdos, que no vienen al caso, se concentran la mayoría en el bachillerato en un colegio en el que todas éramos mujeres.

Posteriormente, mi época de estudiante de ciencias de la educación (carrera a la que me matriculé y no recuerdo muy bien por qué motivo) configuraron un periodo diferente. Esos años fueron, en general, bastante sosos (los tres primeros cursos de introducción y los dos de especialización – en mi caso terapéutica- se hicieron largos) y todo lo que había imaginado que me reportaría la universidad lo tuve que buscar en otros sitios. Pero eso sí, lo busqué.

No puedo explicar o pensar en mi vida profesional como docente sin vincularla a todo lo que me fue pasando fuera de la universidad ya que, de algún modo, el cruce y las bifurcaciones van tejiendo el recorrido que me llevaron al hoy y al aquí.

A los 22 años empecé a trabajar en una empresa de imagen corporativa, en el departamento de administración y ahí empezó un periplo por el mundo de los números. Sólo más tarde



aprendí que incluso los números bailan y tienen magia. Sin haber acabado la carrera de pedagogía, estudié Dirección Financiera, Control de Gestión, Análisis de Costes, Asesoría Fiscal y otras cosas que me costaron mucho dinero. Buscaba desesperadamente la cuadratura del círculo, que algo cuadrara en la vida. Y los números parecían tener esa tendencia natural. Esta primera era empresa grande, trabajaban unas 500 personas, de las que 15 éramos mujeres. Es de suponer que el ambiente era tremendamente masculino. El mundo de hombres para hombres. Recuerdo que uno de los accionistas, Juan Roura, nos trataba como si fuésemos de su propiedad. Una vez nos llevó a comer, a todas las chicas y al acabar la comida nos hizo ponernos en fila para darle dos besos al despedirnos de él. Como un gran terrateniente. Otra vez me dio las llaves de su coche para que le fuera a buscar unos papeles y por primera y última vez en mi vida entré en un ferrari. Todo esto ocurría entre los años 1986 y 1990 aproximadamente. Aprendí a moverme en los recovecos del poder en general y el poder masculino. Y reconozco que para mí eso fue una escuela.

En 1990 me convertí en la responsable de administración de la empresa que construyó la Villa Olímpica. Nunca más manejaré cifras con tantos ceros, está claro. Ahora, cuando miro ese momento, me doy cuenta de la responsabilidad que tenía y que en ese instante me parecía liviana. Pero hice un buen trabajo. Y, sobretodo, aprendí. Aprendí a manejarme, a organizar, a mirar más allá de lo evidente desde un punto, eso sí, bastante técnico o instrumental. Por iniciativa propia, sin que entrara en los planes de una organización como esta, que tenía un tiempo limitado de vida (teóricamente hasta los Juegos Olímpicos, aunque finalmente yo estuve hasta el año 97) organicé un plan de formación convenciendo a los gerentes de su necesidad. En realidad todo era intuitivo.

Este modo de conocer el mundo de la empresa, el mundo de los ejecutivos, el movimiento y las complejas relaciones que se establecen en las largas horas de trabajo me hizo concebir algo más alejado que la dualidad hombre/mujer. Entendí en ese momento que el tema del poder era mucho más complejo. Que las infinitas redes de poder sobrepasaban la dualidad.

Fue durante esos últimos años en los que decidí que esa actividad se había acabado. Que deseaba volver de algún modo a reencontrarme con lo que inicialmente había querido hacer.



A veces aún hoy me pregunto cómo entré en ese mundo (además de por tener una economía que me permitiera subsistir). Y tengo una respuesta. Siempre me había movido la necesidad de hacer las cosas o bien o muy bien. No a medias. Pero este es otro tema.

Fue, entonces, durante el curso 95-96 que decidí profundizar en el camino que había iniciado: la formación, por la que regresé de otro modo a la universidad: me matriculé al máster de Formación de Formadores que dirigía Adalberto Fernández y que promocionaba el grupo CIFO de la UAB. Ahí fue mi reencuentro pacífico con la academia.

Ya hacía algunos años que había empezado en el mundo de la formación, pero fue a partir de ese momento en el que pude o supe cruzar dos ámbitos en principio separados: empecé a dedicarme a la formación desde el diseño, la gestión hasta la formación propiamente dicha.

Fue un tiempo intenso, de trabajo, de movimiento, se vivía un momento brillante, en cuanto a la formación continua, debido en parte a los fondos que provenían de la Unión Europea para tal efecto (a través de Forcem, por ejemplo). Acumulé muchas horas de formación, en muchos lugares y en situaciones de todo tipo. Recuerdo, por ejemplo, haber impartido un curso de planificación estratégica a un grupo de monjas de Cáritas, en un convento de Menorca, donde estuvimos encerradas, ellas y yo, cuatro días; haber impartido un curso de comunicación a las juventudes nacionalistas de Valencia (que, por cierto, me prohibieron hablar catalán y me intentaron imponer que a sus preguntas, en valenciano, yo respondiera en castellano...); recuerdo múltiples cursos a trabajadores de diversas fábricas, sobre todo del sector metalúrgico. En fin, no vale la pena alargarse, fueron muchos.

Trabajé en ese tiempo diseñando planes de formación para muy diversos sectores: metal, química, oficinas y despachos, comercio, espectáculos etc., colaborando también con algún sindicato en este mismo ámbito.

Al año siguiente, 1997, me presenté al concurso para profesora asociada en mi universidad, la UB, con el perfil de formación en las organizaciones y fui admitida. A partir de ahí empieza mi periplo como profesora asociada de la UB.



A partir de ese momento compaginé la docencia en la universidad, con mi dedicación a la formación de personas adultas en ámbitos de trabajo, tanto la gestión (proyectos pedagógicos y justificaciones económicas), como a la realización (formación). En ese momento no tenía la intención de dedicarme totalmente a la docencia universitaria. En mi interior creía que esa profesión no me gustaría y en esa época yo había desarrollado un profundo interés por todo lo que me hiciera disfrutar y reír. Hoy, tengo que decirlo, he aprendido a gozar de muchas más cosas y varias están relacionadas con la docencia y la investigación.

En el año 2000 empecé a trabajar en la Fundación Pere Tarrés diseñando y gestionando formación e impartiendo docencia en las EEUU de Educación Social (Universidad Ramon Llull) y en diversos masters y postgrados. Tuve la posibilidad de trabajar y conocer el sector de economía social, organizaciones sin ánimo de lucro, con objetivos socio-educativos.

Ahí tuve la oportunidad de trabajar en mi primer proyecto transnacional (Leonardo) de investigación de una duración de tres años. En conjunto fue una muy buena experiencia.

Mi paseo por la universidad privada, algo más de tres años, hasta que decidí que eran demasiadas horas, y cada vez más; se añadía que en ese momento ya había empezado a decidir el camino cuando empecé los cursos de doctorado en el 2001 y empecé a sentir la necesidad de pararme un momento a pensar, a ver, a aprender más conscientemente.

Por otra parte, no puedo continuar este recorrido sin hablar de otro aspecto que también marcó el camino de un modo determinante. Es el tema artístico. Interés que vive en mi desde muy pequeña, época en la que fui desterrada del mundo artístico formal (de pequeña no tenía suficiente voz para cantar, y aunque estudié música en el Liceo bastantes años, no tenía oído para improvisar, después pinté pero lo hacía bastante mal..) me salvé yo a mi misma de la quema de estereotipos de otras maneras y en este trayecto se formó en mí una concepción de lo artístico. En 1995, a raíz de una relación sentimental con una persona del mundo del espectáculo (que me abrió las puertas a los ensayos, preestrenos, estrenos y obras de todos los teatros de Barcelona) empecé a vivir las artes escénicas, principalmente el teatro, desde



las bambalinas y ahí se gestó otro de mis permanentes intereses por la creación y producción cultural que me ha conducido hasta el tema de la tesis doctoral que estoy realizando sobre la presencia de las artes en los estudios universitarios de educación y que me llevó, a su tiempo, a realizar una estancia en la Facultad de Artes de la UQAM (Univesidad de Québec en Montréal) esto hace ya menos años. Soy consciente de que es un tema que no interesa demasiado a nadie en los estudios relacionados con educación, que es marginal. Pero a mi me interesa y, además, aumenta considerablemente mis grados de libertad y movimiento. Pero también a veces dudo.

Por lo que mi “vuelta”, al mundo de la educación en la universidad fue, en el fondo, una necesidad. Empecé por querer rentabilizar los años de experiencia en la empresa, los estudios de pedagogía y el resto de estudios que había realizado y, de nuevo, fui en busca de alguna emoción. También creía que era el lugar en el que, desde una cierta madurez personal e intelectual, podría relacionándome con otros ámbitos culturales de otro modo. La universidad, de hecho, me hizo entender algo importante, el vínculo con la emoción, con el sentimiento, con lo irracional como elemento básico, importante, para aprender y enseñar. Eso que no tuve y que ya luego siempre busqué.

Ese tránsito por lugares, experiencias y saberes no me llevó de la mano a ser profesora. Hizo falta tiempo y trabajo saberlo

Redescubrí lo mucho que me gusta relacionarme y conocer personas. Redescubrí lo que se aprende en la interrelación humana y empecé de nuevo a pensar en temas educativos. Me lo pasé bien. Me sentía una formadora intrépida a veces y en exceso preocupada por los demás, por lo que pensarían. Siempre he mantenido una relación dentro-fuera del entorno universitario.

De dentro a fuera. Tránsito universitario



Cuando empecé en la universidad la directora del DOE era la Dra. Imaculada Bordas, en este tiempo he conocido dos directores más, además de ella: el Dr. Vicente Benedito y la Dra. Cristina Alonso.

Durante primeros años de trabajo como profesora en la universidad lo que más me importaba era dar mis clases, actividad con la que disfruto, y pasar inadvertida. Pensaba que eso era lo mejor, jugar con las máscaras. Al principio intentaba estar a la altura de las circunstancias. En mi interior pensaba que la universidad era el reino de los intelectuales, de los artistas. Algo idealizado.

Pero, pasados los primeros años, mis intereses fueron cambiando. Posiblemente eso se evidenció con la decisión de realizar el doctorado que, de repente, me hizo sentir la catarsis de lo vivido, lo experimentado, lo escrito, con el conocimiento. De algún modo me hizo entender que podía reducir un poco la bendita esquizofrenia de las dobles vidas. Mi interés ya tradicional por autores de la pedagogía crítica, la complejidad y, actualmente, la performatividad y la pedagogía queer. Mi interés por los movimientos sociales, alternativos y por las políticas educativas marcan desde hace ya un tiempo mi agenda personal. Pero me siento más lenta que años atrás. Y no se si yo soy más lenta o todo a mi alrededor va más rápido...

Ser profesora hoy en la universidad es tremendamente complicado. La carrera académica es larga y difícil. Puedo afirmar que es una apuesta importante. Para mí apostar por esta vía me ha supuesto una tremenda rebaja de ingresos económicos, hace 10 o 15 vivía mejor que ahora. Es una apuesta y deseo personal.

Está bastante claro que el mayor cambio que la universidad está sufriendo en los últimos tiempos es el actual: la convergencia europea que se está implementando a través de una agenda claramente estructurada basada en las evaluaciones y acreditaciones. Somos la generación más evaluada.



Los que hoy somos profesores aún no consolidados convivimos con profesorado que es titular y que, por ejemplo, nunca o casi nunca ha hecho más investigación que la tesis doctoral. Y esto es así.

Siento como un peso la inestabilidad, precariedad y amenaza laboral con la que se vive en la universidad y es un tema que me tiene permanentemente preocupada. ¿Cómo llegar y adónde? ¿Qué es ser profesora?. Es como una carrera en la que alguien va cambiando de lugar la meta.

Hoy el conocimiento es un producto y el profesor un asalariado que debe producir a un ritmo frenético. Esto unido a las complicadas redes de poder, donde cada una de mis múltiples identidades, encuentra un conflicto u otro, proporciona una sensación de desasosiego sin igual. La competencia se ha instalado entre las y los profesionales de la universidad y hay una mirada sospechosa encima de ti, mientras tú te conviertes en mirada sospechosa sobre otros. Competencia. Competencia por publicar, por aparecer, por hacer currículum, rápido, sin perder un minuto. Siento pena al ver que la prioridad no es ni el conocimiento, ni las buenas prácticas docentes, ni la vida o la verdad. Creo que abunda el mediocre con buenos contactos y el buen profesor arrinconado. Es esta vida convertida en un tiempo imparable e inagotable de producción que no te permite, sin sentirte muy culpable, pararte un momento a reflexionar. Y la universidad, puede que más que otros ámbitos por su tipo de "producto", no distingue la vida propia de la vida del trabajo.

Leía, hace poco, sobre la estancia de Einstein y Gödel en la Universidad de Princeton, nacido de la intención de potenciar un cierto "conocimiento inútil" y pretendía "crear un santuario para los pensadores más puros, erigir la proverbial torre de marfil con sólidos ladrillos rojos (..) En ese lugar, los miembros del cuerpo docente serían tratados como los príncipes de la *Reine Vernunft* – la razón pura- que realmente eran. Se les concedería una generosa remuneración (tanta que algunos bautizaron la institución como "Instituto de Salarios Avanzados"), así como el inestimable privilegio de disponer de todo el tiempo del mundo para pensar." (Goldstein, 2005:15).

Los efectos de los cambios sociales en la vida profesional de los docentes universitarios
Ministerio de Educación y Ciencia. SEJ2006-01876.
<http://www.cecace.org/proj-profuni.html>



Grupo de investigación consolidado:
Formación, Innovación y Nuevas
Tecnologías (2005SGR 00431)
<http://fint.doe.d5.ub.es>

Me empecé a imaginar ese tipo de universidad que tantos genios engendró. Pero ahora el momento y el mundo es otro. Y, posiblemente, hay otros atractivos como el principio de placer, que para mí, está presente. Incluso hay cierta presión que me gusta.

Y, al fin y al cabo, como dice Galeano, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos.